

# Inauguración de la exposición

## “Huellas de Santa Teresa”

(Wroclaw, 5 de junio de 2019)

Panie Rektorze,

Panie Konsule,

Szanowni Panstwo

Un espléndido concierto ha preludiado la apertura de la exposición “Huellas de Santa Teresa” en este magnífico “Oratorium Marianum” de la laureada e insigne Universidad de Breslavia. Gaudeamus.

Teresa Sánchez de Ahumada y de Cepeda -Teresa de Ávila, Teresa de Jesús- “andariega de Dios, Reformadora del Carmelo, gloria de España y luz de la Santa Iglesia”, en palabras de San Juan Pablo II pronunciadas en Ávila, representa “una de las cimas de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos” (Benedicto XVI). Sus merecimientos fueron reconocidos con el título de Doctora de la Iglesia Universal.

Teresa, nombre que honraba al de su abuela materna, era por 1515, año de su nacimiento, poco corriente y ajeno al santoral. Fray Luis de León entiende que sus padres se lo pusieron “guiados por Dios, que *savía* los milagros y maravillas que en ella y por ella *avía* de hacer, porque Teresa es Tarasia –nombre antiguo de *mugeres* y griego- que quiere decir milagrosa”.

Nació Teresa dos años antes de la publicación por Lutero de sus 95 tesis en Wittemberg, en un siglo marcado por la convulsión espiritual y el cisma eclesial que desoyó la oración de Jesús recogida en el capítulo 17, 20-23 de San Juan: “Rogo...ut omnes unum sint...ut mundus credat quia tu me misisti”.

En aquel siglo que vio reproducirse la lucha de Jacob con el Ángel y desperdigarse al rebaño en una nueva confusión babilónica, España dio a

la Iglesia Católica figuras de la talla de Luis Vives, Juan de Avila, Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Domingo de Soto, Diego Laínez, Melchor Cano y un largo etcétera de figuras egregias: teólogos, juristas, fundadores y santos.

En ese elenco, digno del tímpano del Pórtico de la Gloria si menester fuera aggiornarlo, descuellan por su mística y su acción Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, de quienes Juan Pablo II dijo: “Deseo estrechar con ellos todavía más mi vínculo de devoción. En ellos admiro y venero a los maestros espirituales de mi vida interior y a dos faros luminosos de la Iglesia en España que han alumbrado con su doctrina espiritual los senderos de mi Patria, Polonia, desde que al principio del siglo XVII llegaron a Cracovia los primeros hijos del Carmelo teresiano” (Homilía del 1 de noviembre de 1982).

A Teresa le movió desde pequeña un impulso espiritual extraordinario. “Quiero ver a Dios” les dijo aún muy niña a sus padres. Anhelaba pasar de este mundo efímero y pasajero al encuentro definitivo y eterno con el Amado, de la morada terrena a la Morada celestial:

“Vivo sin vivir en mí

Y tan alta vida espero

Que muero porque no muero...

¡Ay, qué larga es esta vida!

¡Qué duros estos destierros!,

Esta cárcel y estos hierros

En que está el alma metida!

Sólo esperar la salida

Me causa un dolor tan fiero,

Que muero porque no muero.”

La paradoja es que Teresa no pasó por este mundo con levedad, huidiza o recluida en un “Castillo interior” cerrado e inexpugnable. Bien al contrario,

el anticipo de la presencia real y verdadera de Dios en su vida, en su “Camino de perfección”, hizo de ella una mujer-torbellino, afanosa, resuelta y prudente y valerosa al tiempo. Edificó su morada sobre roca:

“Nada te turbe /nada te espante; /todo se pasa. /Dios no se muda; /la paciencia todo lo alcanza; /quien a Dios tiene, /nada le falta. /Sólo Dios basta.”

Y con ese sustento en el zurrón Teresa recorrió cocinas y refectorios de monasterios y palacios, removi6 Roma con Santiago, y mud6 la orden del Carmelo hasta llegar a fundar en las entrañas de España, entre 1568 y el año de su muerte 1582, 17 conventos de la Orden de los Carmelitas Descalzos: 9 en Castilla la Vieja (Ávila, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Palencia, Soria y Burgos); 4 en Castilla la Nueva (Malag6n, Toledo, Pastrana y Villanueva de la Jara, provincia de Cuenca); 3 en Andalucía (Sevilla, Beas de Segura en Jaén y Granada) y uno en la regi6n de Murcia, Caravaca de la Cruz, meta de peregrinos.

Recorri6 Teresa infatigable las tierras de la ancha Castilla, la que desde las riberas del Duero descendió tras el signo de la Cruz por tierras manchegas hasta la Bética frondosa y la Murcia feraz y la que por aquel entonces cruzaba los océanos con el mismo espíritu expansivo de evangelización y conquista.

El paisaje de Castilla opera en tiempos de tribulación como refugio y catapulta espiritual. Lo fue en el Medievo y en los albores de la Edad Moderna. Lo volvió a ser para la Generaci6n del 98, el penúltimo desastre, que se sald6 con la p6rdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, del viejo gale6n llamado España al que le crujen las cuadernas por años sin término.

La generaci6n del 98, seg6n el escritor Francisco Umbral, “sustituye la historia por el paisaje...ahí está nuestro paisaje como ejemplo a seguir, como una moral de la naturaleza, como una naturaleza ética de la que debemos aprender”.

Teresa de Ávila –al igual que Juan de Yepes, San Juan de la Cruz- elevó con su mística ese paisaje castellano que es pura homilía magistral, sonora y callada, hasta encumbrarlo en una suerte contrapuntística del valle de Josafat a modo de presagio de la Jerusalén celeste; un ambiente abierto y recoleto en el que la meseta rasa y ondulante, los olmos, los regatos y las cárdenas roquedas a todos los transeúntes igualan en humildad y, quizás, en sed de eternidad. Un lugar en el que hasta los cipreses creen en Dios (Gironella). Véanlo si no por ustedes mismos cuando visiten el claustro del monasterio de Silos con su ciprés “enhiesto surtidor de sombra y sueño”, “flecha de fe, saeta de esperanza”, “mudo ciprés en el fervor de Silos” (Gerardo Diego).

Teresa, mujer de éxtasis y acción, que en su hora postrera en Alba de Tormes musitó: “Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos”, a la vez que les instaba a sus monjas “es hora de caminar”, nos invita a recorrer sus caminos, a pisar sus huellas. Les animo a hacerlo y a hacerlo con fundamento. A quienes visiten al menos cuatro ciudades en dos Comunidades Autónomas de las 17 localidades en las que la santa fundó un convento y culminen su periplo en Ávila, les será expedida una credencial de peregrino de la ruta. Tendrán entonces su camino de perfección acreditado siguiendo a una mujer que –vuelvo al Papa Juan Pablo II- “es arroyo que lleva a la fuente, resplandor que conduce a la luz”.

Gaudeamus igitur.